

VALLE-INCLAN y 2

DON RAMON FRENTE A SU

Sin el aplauso de
ustedes, los jóvenes
que luchan pasando
mil miserias, hubiera
estado solo
estos últimos años

(De «Luces de bohemia»)

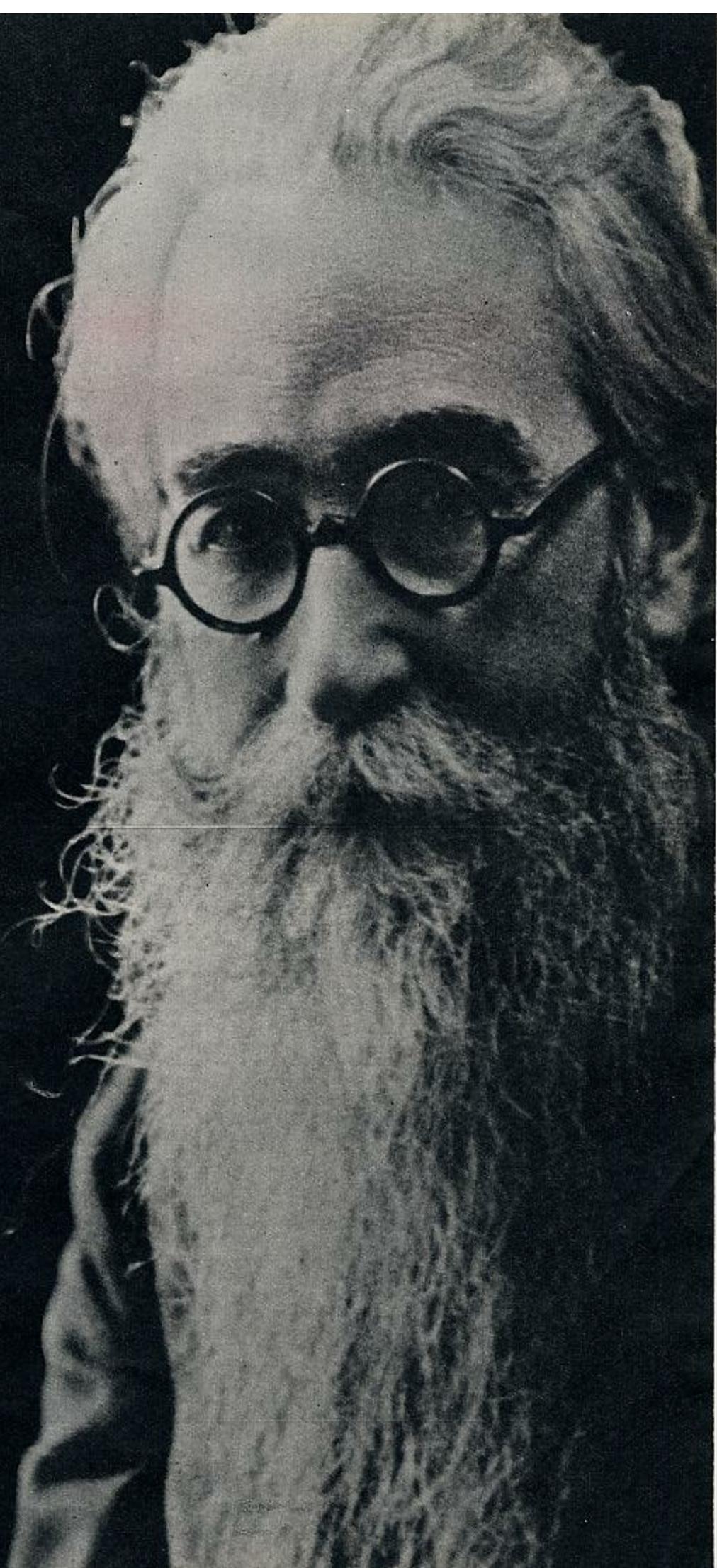


LA EPOCA

por **JOSE MONLEON**

Bastaría el examen de la mayor parte de los juicios sobre Valle emitidos por sus contemporáneos para comprender el antagonismo entre el escritor y la sociedad española de su época. Todo juicio literario lleva en sí una serie de supuestos implícitos, y si Valle fue tan terriblemente trivializado por muchos de sus críticos —aun en el caso de las posiciones admirativas—, será necesario concluir que entre el pensamiento de aquél y el de éstos había divergencias fundamentales.

En mi anterior trabajo sobre Valle puntualizaba el sentido último de las actitudes de Melchor Fernández Almagro y Ramón Gómez de la Serna, autores de los libros más consultados cuando se trata de aproximarse al escritor gallego. Allí señalaba la incomprensión sustancial que, a mi modo de ver, encierra la versión de un Valle extravagante o de un Valle exclusivamente magnificado por la estética. Imágenes a las que, justo es decirlo, se han unido escritores de los que cabía esperar mayor agudeza, como es el caso, por ejemplo, de Baroja o de Ortega. La diferencia estaría en que unos lo trivializan con ánimo de engrandecerle, mientras los otros —el caso de Baroja— lo dejan en rubendariniano con pena y acento peyorativo. El hecho cierto es que la perspectiva histórica nos permite hoy contemplar a don Ramón en el marco de una España incómoda y tragicómica. Hoy tenemos elementos de juicio, datos susceptibles de interpretación, de los que no disponían sus contemporáneos, un tanto abrumados por el gesto y anécdota de Valle. Hoy sabemos que Valle fue un gran escritor opuesto al espíritu de la Restauración y que su obra toma el sesgo de un violento trazo de protesta. Resulta de ello que «politizar» a Valle es tanto como defenderle; como descubrir la clave última de sus problemas de escritor español, y aun la razón de que, a estas alturas, no haya estrenado una parte considerable de su obra teatral. A la actitud que tiende a convertirlo en «estilista», «modernista», «extravagante», «fantástico», etcétera, hay que oponer la que le sitúa en un tiempo y unas circunstancias históricas, **SIGUE**





Puerta del Sol. Nuevo Café de Levante, librería San Martín, Ministerio de la Gobernación, calle Mayor. Madrid medular de la España de Valle. A la derecha, el autor entre Irene López Heredia y Mariano Asquerino al estrenar «El embrujado».

turalmente, el examen de su estética, de sus propias contradicciones, de sus primeros pasos en falso...

Sólo así entenderemos la razón última del desprecio o benevolencia con que Valle ha sido tratado por una parte —la parte rectora— de la sociedad española y la vehemencia con que otra parte hoy le defiende, y, si me apuran, reivindicada.

Proponernos un Valle esteta o extravagante es como querer perpetuar la deformación de sus contemporáneos ofendidos. Es como asesinarle en su memoria. Sacarle de ese panteón y ponerle en la gran plaza esperpéntica de España es recuperarle vivo y restallante, tan hermosamente insoportable como fue siempre.

A este criterio responde mi segundo trabajo sobre Valle con ocasión del Centenario: a la contemplación del escritor en lucha con la burguesía española de la Restauración. E, indirectamente, a cuanto pueda seguir en pie del viejo pleito.

El Centenario está para acabar. Recuerde cada uno lo que ha visto —o no visto— o leído durante el año, y saque cada cual sus propias conclusiones.

sobre el realismo de valle

Ciertamente, el concepto de «realismo» se nos ha ido de las manos. Ha servido mientras tenía un valor

funcional y de oposición al evasivismo. Pero, al ensanchar sus bases y buscar una delimitación positiva, un valor en sí mismo y no con respecto a otro concepto, se nos ha vuelto equívoco. Un realismo sin riberas, en el que encajan por igual Kafka, Brecht, Beckett o Miller, no ha hecho sino revelar el sentido vigilante que tuvo, durante mucho tiempo, el término. Los extravíos del realismo socialista son, por otra parte, la prueba de las trampas a donde se podía llegar con la etiqueta.

Baroja, desde su realismo naturalista, veía en Valle un modernista. Vagaba la sombra de Rubén y los versos que el nicaragüense dedicó a don Ramón. Otros, más modernamente, como Lain, aun viendo claramente el significado crítico y estético de los esperpentos, no dejan de estimarlos como una especie de furor último del escritor, juzgado, en general, a partir de su alineación entre los modernistas.

Creo yo que, en este punto, es necesario tener en cuenta varios significados de la obra de Valle anterior a los esperpentos. Primero, la premonición que yace en muchas de sus obras, a través de personajes o situaciones de dimensión y desarmónica esperpéntica. Segundo, como intentaba explicar en mi trabajo anterior, las raíces biohistóricas de esta actitud de Valle: enfrentado a

un mundo gallego en agonía, en el que la realidad era una contrafigura del pasado —palacios en ruinas o sólo parcialmente habitados, viejos mayorazgos divididos y pleiteados entre herederos—, intentaría primero la conciliación de ambos términos mediante una estética que resucitaba, o reconstruía, las glorias en ruinas, para luego, consciente ya de la contradicción, de la divergencia entre el dato monumental —la historia— y la realidad cotidiana —la intrahistoria—, aceptar el esperpento como la expresión de un medio social que perdió su armonía, su humanismo en la relación entre contenidos y formas.

De Echegaray a los Quintero, pasando por Galdós y Benavente, puede trazarse una línea continua que marca lo que la sociedad rectora española ha ido entendiendo por realismo. De la catástrofe puramente pasional se ha pasado al melodrama «social» de Galdós. Benavente ha escrito luego la crónica de las nuevas angustias de la burguesía, casi sin sacarla del tresillo. Los Quintero se han encargado de distraerla, de anecdotizar los problemas, de mostrar el lado ingenuo y blanco, menos agresivo, de las clases obreras, quinterianamente alegres, pacíficas y felices.

En los cuatro ejemplos, la «realidad» es, sencillamente, el mundo de la burguesía. La visión de la «otra» sociedad española suele detenerse en los criados y los chóferes. Se entiende, pues, por auténtico lo



VALLE ·INCLAN



«Divinas palabras», uno de los grandes títulos de Valle. En Madrid la estrenó Tamayo en el Bellas Artes. Entre sus intérpretes internacionales, María Casares.

que la burguesía vive y lo que la burguesía ve. Más allá, están las hordas, las masas, algo oscuro, desaharrado, quizá peligroso. Nuestro teatro es social y realista en la medida que se adscribe a la realidad de una clase social que carece de perspectiva para integrarse en un marco superior y más amplio. Menos de un millón de españoles dicen lo que es España, lo que conviene a España, lo que debe y no debe tolerarse.

El valor del esperpento valleinclanesco consiste, entre otras cosas, en su radical superación de tales coordenadas. Valle es un desclasado, un hombre igualmente fuera del paternalismo feudal de los mayorazgos gallegos —ya desaparecidos— que de un demoliberalismo rigurosamente administrado a través de los caciques. Su «realidad» es distinta a la del sector que hace y sostiene el teatro.

Como Rosalía, su casi vecina de Padrón, a Valle le preocupa lo «que no se ve». Social y ontológicamente, el mundo es mucho más que esas cuatro esquinas en donde vive la cultura y la política españolas. Su «realismo» va, por tanto, por otros caminos, que parecen extraños o fantásticos a los héroes del tresillo y a sus críticos literarios. De ahí la paradójica busca de «ismos» para explicar un fenómeno literario perfectamente enclavado en la total realidad social española.

Lo malo es que muchos que hablan de la España oficial y la España real, de la historia y de la intrahistoria, no acaban de ver que el realismo de Valle nace precisamente del choque entre ambos mundos.

Hoy, dividido nuestro teatro entre un notarialismo quizá demasiado

escueto, y un evasiónismo al viejo estilo, entre un teatro populista y otro señoritista, entre comprometidos y metafísicos, la obra de Valle Inclán sigue siendo un ejemplo fundamental.

las luchas de valle

Hay un Valle tentado por la eternidad. Y otro ganado por la temporalidad. El primero, de raíces gallegas, envuelto por la belleza cansada de las tierras de Pontevedra, se expresa, sobre todo, en «La lámpara maravillosa». El segundo no sólo está en el esperpento y en las novelas del Ruedo Ibérico, sino en una actividad pública repleta de incidentes significativos.

El Valle esteta, adorado por Gómez de la Serna, es un producto to-

talmente lógico en el ámbito social y geográfico de su Galicia. El Valle esperpéntico, parcialmente asentado en ese otro anterior, crece cuando el escritor se sube a la atalaya de Madrid. Los términos son ahora más concretos, los fenómenos toman nombres de personas, las causas de los males dejan de ser inextricables. Valle adopta una posición frente a esa historia que pasa bajo sus balcones y en la que tiene ya un papel de aguafiestas.

Quizá sea interesante examinar los tres planos que definen el antagonismo entre Valle y su medio. Entre el escritor gallego del 98 y la sociedad española de la Restauración. Tales planos, a los efectos de esta síntesis, serían el político, el social y el estético.

Saloncillo del Español, un lugar que visitó Valle en más de una ocasión.



oposición política

Yo creo que los movimientos políticamente integrados en la Restauración podrían tipificarse en las posiciones del conservador Cánovas, el liberal Sagasta y el republicano Castelar. La coexistencia de estas corrientes determinó un movimiento de signo demoliberal, empeñado en la construcción, dentro del orden, de un estado de derecho. Para Castelar, sobre todo, una legislación liberal equivalía ya a la libertad. Sagasta no lo veía tan claro, consciente de que no bastaba, en un país subdesarrollado como el nuestro, repartir derechos civiles entre los hambrientos. Cánovas, el **SIGUE**



SU GABAN...
PETRONIO

SU TRINCHERA...
PETRONIO

SU TRAJE...
PETRONIO

PETRONIO
NATURALMENTE!!

LOS ELEGANTES VISTEN
PETRONIO



VALLE -INCLAN

El esperpentismo lo ha inventado Goya. Los héroes han ido a pasearse en el callejón del Gato... Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada.

más agudo de los tres, no dejaba de comprender que la integración de los «no propietarios» en el proceso político español iba a acarrear a la larga profundas transformaciones. El simple hecho de que votaran quienes nada tenían entrañaba un peligro, contra el que se lucharía a través de la legislación electoral, primero, y con las prácticas del caciquismo, después.

Tuvimos así muchas décadas de liberalismo superficial, sin que abajo, en la estructura de nuestras clases populares, ocurriera nada nuevo. El hambre era la misma, aunque, ahora, el hambriento pudiese sacarle algún provecho a la venta de su voto. Sí, entre aquella legislación liberal, surgía algún hecho práctico contrario al «statu quo», el ejército se encargaba de mantener las cosas donde habían estado siempre, o donde había que transigir que estuvieran. Pero los problemas de «fondo» de la sociedad española seguían sin abordarse. La «hoja de parra del patriotismo», según expresión de Valle, tapaba nuestras vergüenzas.

Junto a la coartada patriótica, la Restauración levantaba la coartada del orden. Desde 1808, España había pasado por una serie de agitaciones y barbaridades casi continuas, y la Restauración prometía paz. Paz para el propietario. Paz para el transigente. De forma que los debates venían a concretarse, muchas veces, en los conceptos de «amigos» y «enemigos» del orden, sin entrar a analizar las razones de cada cual y la necesidad de resolver estructuralmente los problemas.

Valle no aceptó jamás este esquema. Si en algún momento coquetó con el carlismo no fue sólo por estética: pensó, seguramente, que aquél era un movimiento que contaba

con el apoyo incondicional de un sector popular; que allí había, además de discursos, un campesinado vasconavarro dispuesto a morir por su causa. Luego, don Ramón, integrado al dinamismo histórico español, abandonaría el carlismo, pero nunca la idea de que la política ha de ser vivida por todo un pueblo y no por sus políticos profesionales.

Este principio le llevó a incesantes formulaciones. Las hay ya en las Comedias Bárbaras, cuando imagina a don Juan Manuel Montenegro, el último mayorazgo, poniéndose al frente de los mendigos para conquistar la justicia social que niegan sus propios hijos, los primeros Montenegro destinados a integrarse, entre pleitos económicos, a la burguesía española. Las hay en algunas de sus obras de transición, donde se burla cruelmente de las cortes de fantoches. Y las hay, sobre todo, en sus grandes esperpentos, donde el pueblo es una realidad intocada por los progresos parlamentarios.

Durante la dictadura del general Primo de Rivera, la oposición de Valle al orden «desde arriba» se agudiza, hasta llevarle a la multa gubernativa y a la opción por dos semanas de reclusión en la Cárcel Modelo de Madrid.

Pero nada de esto es «tan nuevo» como parece a muchos de sus biógrafos. Podríamos remontarnos, por ejemplo, a la guerra de Cuba, para encontrar ya un Valle contrario a las deformaciones de nuestro patriotismo. Mientras el ministro de Guerra soñaba con la destrucción de la propia flota —'¡Ojalá no tuviéramos un solo barco! Esta sería mi mayor satisfacción. Entonces podríamos decir a los Estados Unidos desde Cuba y des-

SIGUE



Desagravio a Valle por no recibir el premio Fastenrath de la Academia. Junto a Valle están Unamuno, Albornoz y Américo Castro. Abajo, la que fue fachada del famoso Nuevo Café de Levante, donde Valle tuvo una famosa tertulia literaria.



En su 15 aniversario

perlas
MAJORICA[®]

le ofrece el obsequio
de un collar
valorado en
800.000 pts.

Este collar maravilloso, guarnecido con platino y 102 brillantes, es una creación de la JOYERIA SANZ "Antiguos Joyeros de la Real Casa" artifices de la Joyería Internacional.

Informese en las Agencias
Oficiales

de la Península: ¡Aquí estamos! ¡Vengan ustedes cuando quieran!"— y los madrileños, excitados por la prensa, cantaban en grandes manifestaciones aquello de "Al pelear con los yanquis, — señores, tendrán que ver — cómo de dos ladrillazos — les haremos de correr", don Ramón, el extravagante y «siempre deseoso de hacerse notar» don Ramón, había sido agredido por alguna de estas manifestaciones patrioteras ante las que expresó su disconformidad. La enmienda Platt, impuesta por los Estados Unidos a la nueva Cuba —por si no bastara el más que oscuro incidente del «Maine»—, mostraba, por otra parte, hasta qué punto había sido torpe la actitud española. Pudiendo ser un país liberador, pusimos a los cubanos en la tesitura de cambiar —por mucho tiempo— de amo.

Luego, pasada la Dictadura —en cuya etapa se retiró de librerías y quioscos «La hija del Capitán», esperpento basado en un hecho real de la época—, Valle se unirá, como la mayor parte de los intelectuales españoles, a la naciente República. No mucho tiempo después, dentro de la radical mejora de su situación, surgirán las discrepancias.

De nuevo estará en juego la oposición de Valle a la política profesional, al juego táctico de superficie.

Lo que haya de «inviabile», de radicalismo quimérico, en la posición de Valle es otro problema. A fin de cuentas, la primera virtud del político es su sentido de lo objetivamente posible, y la del escritor, su autenticidad, su capacidad de revelación estructural.

oposición social

A ciertos niveles elementales, nadie comprende por qué Valle y otros escritores del 98 se pusieron tan frenéticos cuando su compatriota José Echegaray obtuvo el Premio Nobel. Y es que el problema, como la mayor parte de los problemas teatrales que apasionan a un grupo social, no era «puramente» teatral. Echegaray representaba, a fin de cuentas, al público de la fase inicial de la Restauración. El Nobel implicaba la consagración de unos módulos culturales que a Valle le parecían terriblemente falsos.

Luego, muchos años después, cuando Valle arremetía contra los Quintero —"Sería curioso ver lo que quedaba si los tradujesen al español"—, mantenía su misma línea de oposición a toda la dramaturgia que respondía a las exigencias precisas del público español de la época, es decir, de la burguesía de Madrid y las capitales de provincia. Sólo Benavente, en atención a su cultura, a los valores relativos de su incorporación a la escena española, y, sobre todo, al carácter crítico de su obra —consolador, pero no estimulante; dulce, pero crepuscular— se salvó de los ataques de Valle. Un Benavente cuyos valores sociológicos desaparecieron definitivamente en su última etapa de autor.

Simultáneamente, y al tiempo que

VALLE-INCLAN



1966. En Pontevedra anuncian una obra de Benavente, el único dramaturgo contemporáneo a quien estimó Valle. A la izquierda, la placa en la última casa del escritor.



rechazaba los autores más aplaudidos de la Restauración, Valle se oponía a las empresas y a los directores. A Galdós, director del Español —calificado por Valle, injustamente, de «garbancero», en orden a la minuciosidad realista de sus novelas—, le dirigía una violenta carta por no programar «El embrujado». Con Fernando Díaz de Mendoza tenía un choque definitivo al desestimar su interpretación de «Voces de gesta». A su mujer, Josefina Blanco, la incapacitaba prácticamente para contratarse a raíz del famoso incidente de Canarias, donde, para evitar que trabajase en una obra de Echegaray, la había encerrado con llave en el camerino. Y así año tras año: frente al público —que no toleraba su actitud crítica, su lenguaje, su concepción del teatro—, frente a los actores, frente a los empresarios, frente a la

mayor parte de los críticos, que le juzgaban «poco teatral».

Así, hasta decir, en amargas cartas, que él no escribía para estrenar, o que sus obras eran de «una sola noche y gracias».

oposición estética

La lucha de Valle contra la sociedad y la historia de su tiempo nos explica su oposición al teatro que representaba tales factores. En un orden sociológico esto aclara su famosa teoría sobre el teatro popular, enunciada en «Los cuernos de Don Friolera»: "Ese tabanque de muñecos sobre la espalda de un viejo prosero, para mí, es más sugestivo que todo el retórico teatro español. Y no digo esto por amor a las formas populares de la literatura... ¡Ahí están las abominables coplas de Joselito!". Repásese este concepto valleinclanés y confróntese con toda la vertiente que va desde Federico García Lorca a Lauro Olmo o Alfredo Mañas. ¡Cuántas veces no se habrá hablado desde Valle para acá de la necesidad de conquistar «otro público», es decir, otra sensibilidad y otros intereses históricos!

También —y en ello influiría su fastidio por los «cómicos» ilustres, siempre solemnes y en loor de latiguillo— pensó, en función de ese

«otro público», la necesidad de un teatro de marionetas, con lo que abría otro de los caminos lorquianos. Y, por la vía opuesta, huyendo asimismo de la mediocridad de nuestro público, en la necesidad de un teatro experimental, a cuya idea responden sus vinculaciones con la Escuela Nueva y con el Mirolo Blanco, este último el «teatro de cámara» de los Baroja. Es importante ver hasta qué punto esta oposición a la sociedad de su tiempo, le lleva a proponernos un teatro estéticamente distinto. Cúmplese aquí con claridad la norma de que nuevos conceptos exigen formas nuevas, de tal modo que Valle, por ser contrario a las bases ideológicas del teatro burgués, nos propone no ya un teatro que dice cosas distintas, sino un teatro radicalmente distinto.

Al romanticismo de Echegaray, o al nuevo naturalismo pequeño burgués, ya hemos visto que opone una visión profundizada y transreal de lo inmediato. Al drama, a la acción, opone la narración, la épica, hasta el punto de que uno de sus textos pasa literalmente de la novela —«Sonata de otoño»— al teatro —«El marqués de Bradomín»— en muchos de sus fragmentos. A la «identificación», a la emoción, enfrenta la distancia y la crítica, asombrosa e incomprendida anticipación de sus serpentes y aun

(Pasa a la página 72)

LA CAFETERA QUE HACE LUCIR MÁS EL BUEN CAFÉ



LA Dolce Caffé ADORNARA SU MESA

Mientras Ud. sirve el café y después, cuando se dispone a disfrutar de una feliz sobremesa, atrae la admiración.

No importa cual sea la vajilla que Ud. haya puesto en la mesa; la línea elegante y moderna de la Dolce-Caffé armoniza perfectamente con el ambiente.

Es lógico que Ud. se sienta orgullosa de servir el mejor café, con la más bella presentación.

Se fabrica en España con licencia de la casa Albertini de Milano (ITALIA), cuyo renombre internacional en cafeteras exprés, lo ha conseguido por la calidad de sus productos.

Disfrute hoy mismo de Dolce Caffé
cafetera italiana Dolce Caffé

Dolce Caffé se presenta para 1, 3, 6, 9 o 12 tazas

Pídala en los buenos comercios del ramo o a:
VAÑO, SANCHEZ Y CIA., S. A. - ALICANTE



(Viene de la pág. 69)

de sus Comedias Bárbaras. Al drama de protagonistas sucede un drama social, en el que las acciones secundarias se entretajan y desbordan la linealidad tradicional de héroes contra antihéroes. Al sentido de la intriga sucede el afán de totalidad. A la escenografía naturalista, la acotación sugeridora de ámbitos escénicos. Al montaje fotográfico, la necesidad de una puesta en escena creadora. Al lenguaje inerte, funcional, un lenguaje fresco, contundente, libre. A la pudibundez cómplice, la violencia salvadora. A un teatro, otro. A los Quintero o Muñoz Seca, el esperpento.

Fue alrededor de 1925 cuando se suscitó en España el tema de la crisis del teatro y la novela que venían del XIX. Don Ramón, en una entrevista, declaró:

—Está empezando una fase del gran género que se llama novela, por lo mismo que está acabando otra. Basta saber un poco de historia para darse cuenta del fenómeno. La novela, por su misma naturaleza, más que ningún género literario, acusa las transformaciones ideológicas y políticas de la humanidad. Sin remontarnos más que al periodo inmediato, al que ahora acaba, veremos que es consecuencia de la Enciclopedia y de la Revolución francesa, exaltadoras del individuo, del individualismo. Un periodo cuyo primer maestro es Stendhal, y cuyo último representante es Proust. Proust representa la exageración, lo morboso, y esto son siempre indicios de caducidad. Creo, pues, que puede decirse que la novela individualista ha pasado por su último periodo, aunque esto no pueda decirse en absoluto de la novela en general. Creo que empieza un periodo que podríamos llamar de novela de masas, en contraposición al de novela individualista. La causa de esta transformación es muy honda; está en el cambio total respecto al interés que despiertan las cosas. Por de pronto, ha dejado de interesarnos el individuo; al menos, se ha borrado el primer término ante el interés mayor que despiertan en nosotros las colectividades, la nación, el hecho social. El individuo, tomado como centro del grupo social, no es más que un tic nervioso, un punto...

Consideremos la obra de Valle en la etapa de estas declaraciones. 1924: «La rosa de papel» y «La cabeza del Bautista»; 1926: «Tirano Banderas», «Los cuernos de Don Friolera» y «Ligazón». 1927: «La hija del capitán», basada en la historia del capitán Sánchez, y recogida la edición por la Dirección General de Seguridad. 1929: Está en la cárcel modelo del 10 al 25 de abril. Los datos son testimonio de un proceso ideológico y creador, quizá equivocadamente explicado por algunos críticos con los argumentos de su delirio, su extravagancia, su mala salud o su poco dinero.

VALLE-INGLAN

a los cien años de su nacimiento

Es tal la creciente carga explosiva de Valle, tal su cualidad, que mal pueden medirse quienes ponen por encima de todo el inmovilismo o quienes se definen por su mediocridad turbulenta. Valle, en esto, escapa a quienes lo deforman desde arriba y a quienes lo agitan desde abajo.

Justamente su valor, su persistencia, como fenómeno vivísimo de la cultura española, radica en que no se adscribió a ninguna de nuestras ocasionales tragedias políticas, sino a la muy vieja y permanente que subyace en la contradicción de nuestras estructuras sociales. No fue un anti-restauracionista o un antidictador que necesitara de la Restauración o de la Dictadura para seguir vivo y válido. Ni aceptó ninguna de las simplificaciones maniqueas que reducen el problema de España a una lucha de buenos y de malos.

Lo impresionante de Valle está en cómo, dentro de una coherencia profesional, a partir de las influencias estéticas lógicas, unido a tantos escritores que no aceptaron la restaurada filosofía histórica, ni la condición legislativa del liberalismo adoptado, llegó a asumir las contradicciones dramáticas de nuestro país. En cómo acabó, siendo un espejo vivo del callejón del Gato, en cuya pluma esperpéntica se reflejaba nuestra personalidad de país agónico. Este es el Valle doliente, clarificador y nuestro, cuyo centenario había que conmemorar.

Quien piense que pintar como Goya o escribir como el último Valle es un problema estético, que vuelva a pensarlo antes de decirlo. J. M.

(Fotos de GIGI CORBETTA)



Don Ramón caricaturizado por Bagaría.